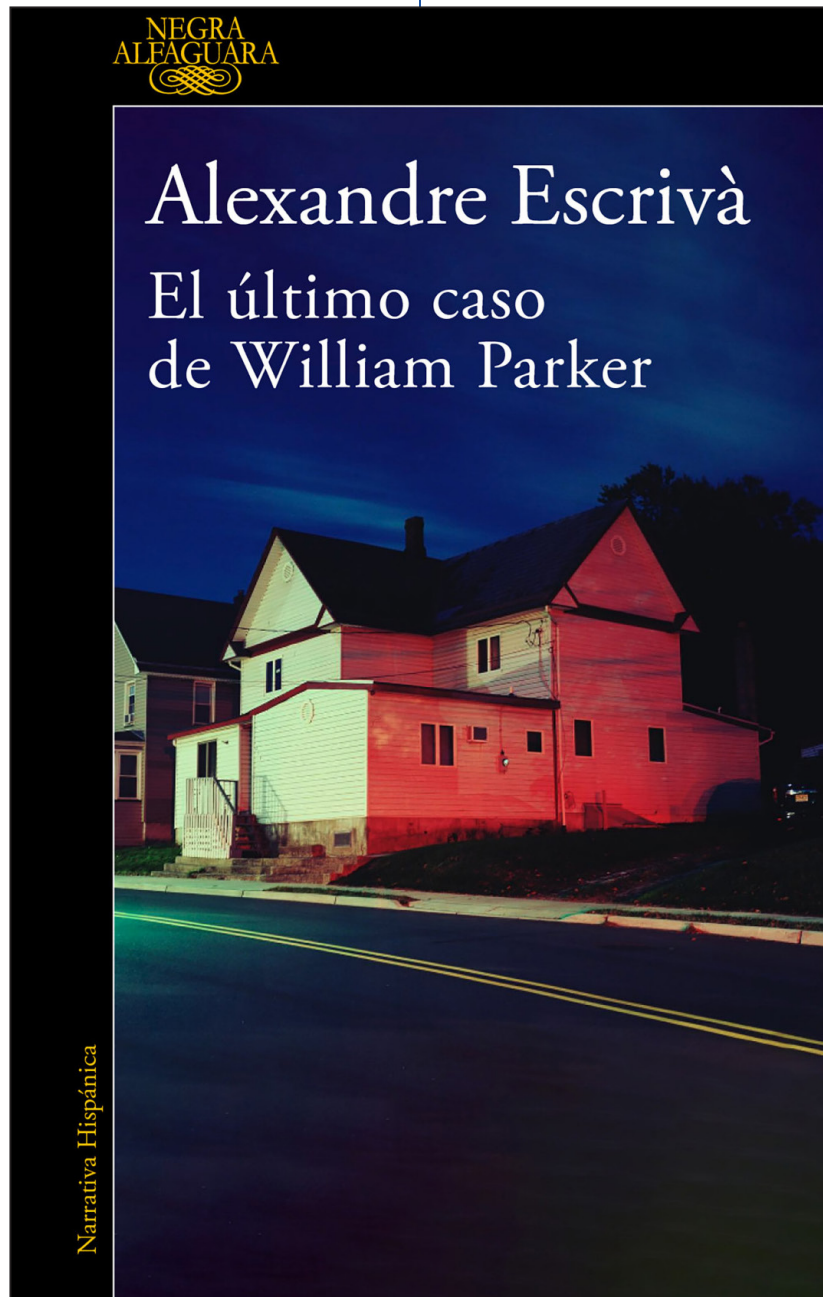




# Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

## SINOPSIS

San Francisco, 2018. A tan solo unos días de Navidad, aparece entre la niebla la cabeza decapitada de una chica en un callejón. William Parker, inspector de policía en excedencia e intento forzado de escritor, recibe la visita de la teniente Watson cuya intención es hacer que se reincorpore de inmediato para atrapar al asesino. Parker no quiere volver, pues sufrió demasiado en el último caso en el que se implicó y esa herida en forma de recuerdos y dolor aún no ha cicatrizado. Lo que sucedió en Los Ángeles le marcó para siempre, y ahora, con fobia a los ascensores y adicción al tabaco, intenta salir adelante escribiendo una novela que no termina de cuajar. Sin embargo, cuando la teniente le enseña una foto de la cabeza de la víctima, William empieza a hacerse preguntas: ¿dónde está el cuerpo? Casi sin darse cuenta, el inspector empieza a sacar hipótesis, traza bocetos mentales y llega a conclusiones prematuras. Ahora le es imposible apartar la mirada y acepta el caso sin dudar.

Por otro lado, Fernando Fons, periodista español y camarero en la Golden

Soul Cafe, situada en una esquina de Fillmore Street, se entera de que su jefe estará fuera unos días y llegará a la cafetería una chica nueva, Amanda, para suplir su ausencia. Fernando la recibe con desagrado y reticencia, pero su actitud cambiará al descubrir que los dos tienen en común mucho más de lo que hubiese imaginado: Amanda también estudió Periodismo. Fernando le cuenta cómo llegó a ser periodista en Tavernes de la Valldigna, su ciudad natal, sus experiencias en el amor y cómo este hizo que se convirtiera en un gran profesional. Aunque Fernando muestra un carácter duro y autoritario, los miedos le hacen cosquillas en la nuca con Amanda al lado. Él sabe muy bien qué quiere en su vida y qué no, pero ¿hasta cuándo aguantará ese muro de asertividad que él mismo ha confeccionado para su propia protección?

La noticia de un asesinato es tema de conversación en la Golden Soul Cafe, y el periodista de investigación que lleva dentro Fernando aflorará de nuevo para buscar esa verdad que la policía no es capaz de encontrar.

## PERSONAJES

### **WILLIAM PARKER**

William es inspector de policía especializado en asesinatos seriales. Su personalidad, que dista mucho de la que fue en su día, lo llevará a investigar este nuevo caso con tristeza y remordimiento. En 2017 colaboró con la policía de Los Ángeles para atrapar al llamado asesino del ascensor, pero ocurrió algo que lo marcó hasta tal punto que se vio obligado a pedir una excedencia y mantenerse alejado del cuerpo durante una temporada. Adicto al tabaco y con fobia a los ascensores, William hará todo lo que esté en sus manos para resolver el caso aunque el odio, las injusticias y las horas de sueño intenten impedirselo.

### **FERNANDO FONS**

A pesar de tener un destacable pasado como periodista en España, Fernando trabaja como camarero en una cafetería de San Francisco. Servir cafés a gente con prisa no es exactamente su vocación, pero tuvo que irse de España por motivos legales y este trabajo, en el que su nombre no traspasa la puerta del local, le viene como anillo al dedo. Fernando se muestra como una persona segura de sí misma, a veces un poco ruda y distante, pero con buen corazón. Gran amante del periodismo y cariñoso con su gato Mickey, se enfrentará a sus miedos con la presencia de Amanda, su nueva compañera de trabajo. El caso de asesinato que ocupa todos los titulares le removerá sus ansias de escribir y Fernando sacará el periodista que lleva dentro.

## EXTRACTOS

No sé cuántos cigarrillos llevo y son solo las siete de la mañana. Una idea me ha quitado el sueño y he sentido el impulso de escribirla, así que he preparado café y me he puesto a teclear en mi despacho. Me he estancado en la segunda página. Algo es algo. Llevo meses con esta novela y en ningún momento he llegado a sentir que por fin tengo algo bueno. Me falta inspiración. Para ser escritor, hay que vivir, o eso dicen. Pero últimamente no hago más que fumar y escribir. Y lo segundo se me da de pena.

Apago lo que queda de cigarrillo en el cenicero atestado de colillas y me enciendo otro al instante. Me acerco a la ventana y la abro, entra un aire frío y brumoso. Observo a la gente deambulando entre la niebla espesa que hoy cubre San Francisco. Todos se apresuran hacia alguna parte. Al trabajo, claro. Todos tienen un trabajo.

Intento no pensar en ello. Me imagino que van a otro sitio, uno más inspirador. Me fijo en un hombre vestido con traje azul. Lleva unos auriculares que lo mantienen alejado de la realidad. O deberían hacerlo. Hay algo en él que lo diferencia del resto. Parece haber visto un fantasma. Está parado y, tras una mueca, se quita los cascos, los guarda en el bolsillo del pantalón y revisa su reloj. Se dispone a cruzar la calle con el semáforo en rojo, pero finalmente se detiene delante del paso de peatones. Tras una corta espera, el semáforo da luz verde y él se adelanta a la pequeña masa hasta desaparecer de mi campo de visión.

El cigarrillo se consume solo y le doy un golpecito con el dedo índice. La ceniza cae y se disuelve en una ráfaga de viento invernal.

Me vuelvo a concentrar en las personas de la calle. Venga, segundo intento.

Una chica destaca por su gorro de lana rojo. Una mochila bambolea colgada del hombro. Irá a la universidad. No. Tampoco me vale. Va a conocer al amor de su vida y no lo sabe. Sí, eso está mejor. Mírala, oculta una sonrisa tonta. Está recordando algo. Puede que ya conozca al amor de su vida. Anoche el chico intentó besarla en el portal de su casa y ella lo esquivó. En realidad, quería besarlo, pero los nervios la llevaron a apartarse en contra de su voluntad. Hoy será más fuerte que ellos. Hoy será el día.

Un chico se acerca y le planta un beso que ella no rechaza.

¿Y el chico de anoche? ¿Lo vas a dejar tirado?

Cierro la ventana y regreso al escritorio. Sostengo el cigarrillo entre los labios y miro el teclado con indecisión. Mis dedos bailan en el aire, amenazando con sacar un revólver de la nada. El humo sube como una serpiente encantada de la India que me nubla la vista. Cierro los ojos y suspiro. Esto no es lo mío.

El teléfono suena y doy un respingo. ¿Quién llama a estas horas? Apago el cigarrillo y bajo las escaleras a trompicones. Sí, es el teléfono fijo del salón. Y no, no tengo móvil. Antes tenía el del trabajo, pero ahora prefiero vivir sin esas cadenas invisibles. La relación con mis padres se enfrió hace ya más de cinco años, y no tengo hermanos que me busquen para que les ayude a pagar la hipoteca o las primeras letras de un coche que no se pueden permitir. Mi único amigo es Alfred Chambers, y él sabe perfectamente dónde vivo, de modo que no necesito móvil alguno. ¿Será él? Sorteó las cajas de la mudanza, esas que debería haber des-

hecho hace días tras volver de Oakland, y descuelgo.

—¿Sí?

—¿William Parker?

—¿Quién pregunta?

—Soy la teniente Alice Watson.

Cuando el teniente Fallon se jubiló el año pasado, fue Watson quien lo relevó, pero yo apenas coincidí con ella, lo dejé justo después de su fiesta de bienvenida. ¿Por qué me llama?

—¿Qué pasa?

—Quiero que se reincorpore al cuerpo.

Esto sí que no me lo esperaba.

—Ya no soy policía.

—Un policía nunca deja de serlo.

—Ahora soy escritor —sostengo.

—¿Escritor? —Advierto el sarcasmo en su voz—. ¿Qué ha escrito?

—...

—Me lo suponía. Déjese de chorradas, Parker. Ni siquiera ha cumplido los cuarenta, un año sin trabajar es demasiado. Su cuenta bancaria necesitará un respiro, ¿no cree?

«Y que lo diga». Pero la cultura no es una chorrada. Y estoy seguro de que, en un futuro no muy lejano, en los momentos más duros, la gente se aferrará a ella como a la pócima de la eterna juventud. Aunque, por otro lado, podría escribir miles de páginas y no cobrar ni un miserable centavo. Lógico, si no publico nada. Pero es que aún no tengo una historia que sea digna de ser publicada. Es solo cuestión de tiempo. Solo tengo que...

—¿Parker?

Bajo la mirada, decepcionado.

A quién voy a engañar, yo no soy es-

critor. He querido pensar en otras cosas, olvidar lo que pasó. Pero es imposible. El recuerdo permanece como una herida abierta. Al principio acudí a un psiquiatra. Era un tipo majo, pero sus métodos no me convencían. Yo quería superarlo por mí mismo, sin depender de unas pastillas que traían aparejados más problemas que soluciones, de modo que a los pocos meses dejé de visitarlo. Hice lo propio con el lorazepam. Ahora consigo dormir, más o menos, aunque aún tengo pesadillas. Me gustaría vivir en paz, pero no puedo.

—¿Sigue ahí?

—¿Por qué ahora?

—Mejor se lo cuento en persona. Ábrame.

—¿Cómo? El timbre suena. Joder. No estoy presentable. Cuelgo el teléfono y voy al recibidor. Me miro en el espejo de la entrada y él me devuelve la imagen de un hombre delgado con el pelo corto y desaliñado, ojos marrones y facciones rectas. Mis treinta y ocho años parecen haberse escondido bajo una barba de tres días y unas ojeras marcadas. Me peino un poco con las manos. No debería aceptar lo que sea que me vaya a ofrecer. Lo que pasó no puede volver a ocurrir. No lo soportaría. No. El trabajo de escritor, si se le puede llamar así en mi caso, es mucho más tranquilo, menos peligroso. Lo tengo claro: le voy a decir que estoy muy bien como estoy, que no me interesa.

Reviso mi horrible aspecto una vez más. Cojo aire y abro la puerta. (pp. 11-14)

Cuando el teniente Fallon le habló sobre el caso de Los Ángeles, lo primero

que hizo William fue llamar a Alfred Chambers. Hacía mucho tiempo que no tenía la oportunidad de visitar a su viejo amigo, y esta ocasión no podía desaprovecharla. Chambers no trabajaba en Homicidios, ni siquiera estaba en la plantilla del Departamento de Policía de Los Ángeles. Había trabajado muchos años en Tráfico, pero sus años en activo habían terminado. Era una de esas personas a las que coges cariño automáticamente, casi sin darte cuenta. Se trataba de un hombre sabio, con mucha paciencia y una sonrisa perpetua en la boca. William lo conoció en su primer día como policía. Alfred estaba en San Francisco por ocio y, justo como el caprichoso destino quiso que sucediera, se dieron de bruces en una esquina de Union Street. A Alfred se le cayó el café por encima, manchando su camisa de arriba abajo, y el joven policía, nervioso, le invitó a otro temiendo que denunciase el incidente ante su superior.

William subió al avión, un Dassault Falcon 900, y se dirigió a Los Ángeles esa misma tarde. Los asientos eran de piel marrón, con un acabado brillante, muy cómodos. Sin embargo, a William nunca le ha gustado subirse a un pájaro gigante de hierro que juega en contra de la gravedad, y la comodidad de sus asientos no le produjo la menor satisfacción. Él siempre había preferido coger el coche, sentir las ruedas sobre el asfalto y viajar con la seguridad de que no va a caer en picado desde diez mil metros de altura.

Aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles y vio un taxi esperándolo en la salida. El taxista, que sostenía en alto un cartel con su apellido, enseñó sus dientes disparejos y le abrió la puer-



ta trasera del coche inclinando la cabeza. No hizo falta que le indicase la dirección, puesto que el detective al mando Daniel Cox, del Departamento de Policía de Los Ángeles, ya había hecho lo propio y el taxista lo llevó a Chinatown sin articular palabra. El día estaba gris, pero las nubes no le arrebatan ni un centímetro de encanto a la ciudad.

Nada más llegar, se encontró con Cox. Era un hombre de mediana edad, alto, de complexión fuerte y con un lunar en la parte superior derecha del labio. Era la antítesis de Chambers, que lucía sus setenta años largos en un cuerpo diseñado para leer novelas de wéstern sentado en una hamaca de mimbre. William no pudo evitar sonreír al pensar en él.

—Bienvenido a L. A. —lo saludó, estrechándole la mano—. Es un honor para mí tenerle aquí, inspector Parker. No sabe lo afortunado que me siento ahora mismo.

Aquel fue un halago que William no supo contestar. Hacía poco menos de un mes, había detenido a un tipo que se dedicaba a secuestrar niñas y matarlas después. Cuando la última niña desapareció, toda la ciudad de San Francisco esperaba angustiada la noticia de su muerte. No obstante, fue la de la detención de su secuestrador la que acaparó los titulares y la cara del inspector la que apareció en las portadas de los periódicos. Según le había dicho Chambers en una de sus conversaciones telefónicas, se había hecho famoso por hacer bien su trabajo, y eso era algo de lo que muy pocos podían presumir.

—Acompáñeme, por favor —dijo Cox al reparar en que no obtendría respuesta.

Lo siguió por una calle decorada con decenas de farolillos rojos que dejaron que su imaginación volase entre ellos en forma de dragón chino. Había numerosos bazares abiertos con gran parte de su inventario fuera de la tienda, pintando el ambiente con colores vivos. Una cítara sonaba desde alguna parte y una melodía que Parker aún tiene clavada en la cabeza danzaba suspendida en el aire. Caminaba entre la multitud fascinado, inmerso en la cultura oriental, olvidando por completo por qué se encontraba a más de seiscientos kilómetros al sur de su hogar en esos instantes.

Llegaron a un edificio de ocho plantas, con la fachada de ladrillo marrón y el portal de madera vieja, una estética bastante alejada de lo que suponía Chinatown. Dos Tesla escoltaban la entrada. Las interferencias de la radio pusieron principio y final a un «Ya están aquí» que uno de los agentes dijo por el aparato desde el interior de un vehículo. Cox saludó a sus hombres y entraron directamente en el edificio. De repente, la temperatura bajó varios grados.

—Hemos de subir por las escaleras —apuntó Cox—. El ascensor está bloqueado.

Por el camino, el detective al mando lo puso al corriente sobre el caso. Se habían efectuado dos crímenes violentos con bastante similitud en los días anteriores, por lo que pensaban que se trataba de un asesino serial. La prensa se le había echado encima a Cox, y este, que quería demostrar la efectividad que su puesto requería, quitó del caso a la detective asignada, a la que consideraba inexperta en este tipo de asesinos, y solicitó

la colaboración del especialista de San Francisco. Lo que no esperaba era que, pocas horas antes de que William Parker aterrizara en Los Ángeles, se cometiese otro crimen con el mismo patrón. Llegaron al cuarto piso y se detuvieron ante la puerta metálica cerrada. Una pantallita situada a la derecha del tirador marcaba una «X» en color verde. Cintas policiales impedían el paso.

—¿Le gustan los ascensores, inspector Parker?

La pregunta le extrañó.

—¿A quién no? —preguntó con indiferencia.

Cox no respondió. Despegó las cintas negras y amarillas antes de agarrar el tirador de la puerta y abrirla para que pudiese ver el interior de la cabina. (pp. 34-36)

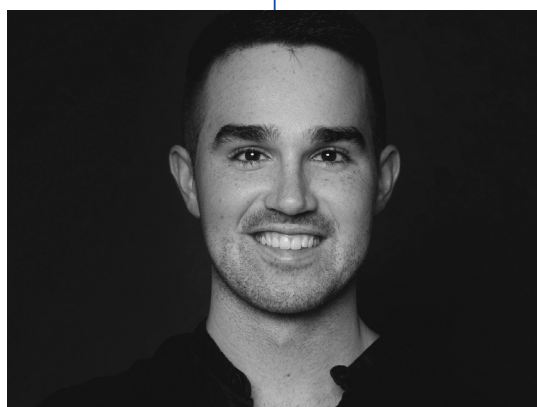


## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. La diversidad es uno de los temas más importantes de *El último caso de William Parker*. ¿Cómo describiríais el tratamiento literario que se le concibe?
2. ¿Habéis tenido dificultad para seguir los saltos de tiempo, trama y personajes de la novela o consideraríais que los recursos que emplea el autor facilitan la lectura?
3. ¿Cómo valoráis el nivel de violencia del libro?
4. Si tuvierais que describir a William y a Fernando con tres adjetivos, ¿cuáles usaríais? Describid la evolución de los dos personajes a lo largo de la novela.
5. ¿Qué pensáis sobre el tratamiento del sensacionalismo y manipulación en el periodismo que se menciona en el libro?
6. William encuentra a un sospechoso por los datos que él y otras personas publican en las redes sociales. ¿Creéis que la sociedad actual hace pública demasiada información personal?
7. ¿Qué opináis sobre la relación entre Fernando y Amanda? ¿La reticencia de Fernando está justificada?
8. Hay dos referencias a la pandemia del Covid-19 en la novela. ¿Las habéis localizado?

9. Como experto en asesinatos en serie, William Parker elabora sus hipótesis basándose en las reglas empíricas de la criminología. ¿Os parece interesante este aporte de documentación o, por el contrario, lo encontraréis tedioso o innecesario?
10. Fernando dice que «una obra de arte deja de serlo si no expresa nada». ¿Estáis de acuerdo?
11. Cuando William entra por primera vez al hospital psiquiátrico Oblivion, se hace una referencia musical. ¿La conocéis?
12. ¿Os parece correcto lo que hace William? ¿Creéis que se ha hecho justicia?
13. Después de leer lo que ocurrió en el caso de Los Ángeles, ¿cuál es vuestra opinión? ¿Puede ser inocente un asesino?
14. ¿Cómo pensáis que seguirá la trayectoria literaria del autor? ¿Creéis que puede haber segunda parte de *El último caso de William Parker* o escribirá otra novela independiente?

## EL AUTOR



**ALEXANDRE ESCRIVÀ** (Valencia, 1996) es originario de Tavernes de la Valldigna y siempre quiso ser escritor. Cursó estudios superiores de música y ha sido miembro de numerosas jóvenes orquestas, como la Joven Orquesta de la Generalitat Valenciana y la Joven Orquesta Nacional de España. Su trabajo musical ha sido reconocido con importantes galardones, como el primer premio en el V International Music

Competition «Grand Piano in Palace» de Rusia (2021) o el segundo premio en el International Music Competition 2019 «Paris» Grand Prize Virtuoso de Francia (2019). Actualmente se dedica a la interpretación, compaginando giras y colaboraciones con la Banda Municipal de Barcelona con la docencia, y, cumpliendo su sueño, a la escritura. *El último caso de William Parker* (Alfaguara Negra, 2023) es su primera novela.

## CARTA DEL AUTOR: GESTACIÓN, ESCENARIOS Y AMBIENTACIÓN DE LA NOVELA

---

En *El último caso de William Parker*, nos adentramos en una historia hilada por cuatro tramas con sus respectivas ambientaciones. Hay dos protagonistas, William y Fernando, y cada uno tiene dos tramas: una del presente y otra del pasado. Las dos tramas del presente, narradas en primera persona por los protagonistas, comparten ambientación mientras que las otras dos, contadas por un narrador omnisciente, van por separado.

San Francisco es la ciudad que escogí para la trama principal, la del presente. Llevo muchos años escribiendo historias menos ambiciosas en las que, en todas ellas, la acción se desarrollaba en Tavernes de la Valldigna, mi ciudad natal, y esta vez quise llevar a mis personajes más lejos. Fue como un reto para mí, pues quería ambientar esta historia en algún lugar donde no hubiese estado, y la primera imagen que me vino a la cabeza, no sé muy bien por qué, fue el Golden Gate Bridge. Lo siguiente que quise imaginar fue otra imagen, algo impactante, y una cabeza decapitada se plasmó en mi cerebro como los bocetos que el mismo William Parker traza para investigar. Ya tenía la premisa para mi novela, solo quedaba ponerme a escribir.

He pasado incontables horas delante de la pantalla, recorriendo las calles de San Francisco en Google Street View, buscando el lugar perfecto para cada escena, y creo que el trabajo ha merecido mucho la pena. Ahora ya tengo un buen motivo para hacer ese viaje a California y hacer una ruta por los escenarios de *El último caso de William Parker*.

La trama se desarrolla en 2018 por distintas razones. Por una parte, mi idea era que la historia fuera pre-Covid-19. No quería que la pandemia que tuvimos que sufrir (que estábamos sufriendo cuando empecé a escribir esta novela) estuviera presente a lo largo de la narración. Desde mi punto de vista, la historia sería muy distinta con las restricciones, distancias de seguridad, contagios, etc., y prefería un conflicto libre de estas problemáticas. No obstante, sí hago un par de referencias en el libro. Por otro lado, necesitaba una época bastante cercana por la fuerza de las redes sociales y la utilidad de la tecnología moderna.

La Navidad es otro elemento importante en la novela, pues aparece la cabeza a cinco días para la festividad. Y no lo escribí así arbitrariamente, sino por razones dramáticas: para añadir escenarios más decorados, incluir ciertos comportamientos sociales y crear una especie de cuenta atrás hasta la fecha.

La trama del pasado de William Parker transcurre en 2017 y se sitúa en Los Ángeles. Desde mi punto de vista, era importante que estos acontecimientos sucediesen en otra ciudad y otro año, sobre todo para que el lector diferencie las distintas tramas fácilmente.

Por último, el pasado de Fernando Fons, como no podía ser de otro modo, transcurre en Tavernes de la Valldigna desde 1988 a 2018. Como ya he mencionado, mis anteriores historias sucedían en la ciudad que me ha visto crecer y convertirme en la persona que soy, y Fernando ya había aparecido en otra narración. Vi en él ese potencial que supongo que ven los escritores con sus personajes, y le hice viajar por cualquier motivo a Estados Unidos para meterse en *El último caso de William Parker*. Todos los lugares de Tavernes de la Valldigna que describo en el libro son reales, aunque me doy la licencia de crear la redacción de un periódico ficticio con el nombre de la montaña que protege la ciudad: *Les Tres Creus*. En cambio, todos los personajes de la novela, sin excepción alguna, son producto de una humilde imaginación que, aunque no sea así, los ve y los verá siempre reales.

## LA CRÍTICA HA DICHO

«Oscura, sorprendente y con el realismo de dos protagonistas que parecen tener vida propia».  
Javier Castillo

«Obligatorio seguir muy de cerca a Alexandre Escrivà. Los talibanes del género negro estamos de enhorabuena».  
César Pérez Gellida

